

PARTE 9

- ¡Mamá! – gritó la figura mientras corría desesperada.

La pequeña avanzaba veloz por el interminable pasillo todo lo rápido que sus piernas le permitían. Le costaba respirar. A cada paso que daba la temperatura caía en picado; el vapor que exhalaba se condensaba en pequeñas nubecitas que morían a los pocos segundos en frente de su boca. Cada bocanada era una tortura, el aire gélido atravesaba sus fosas nasales hasta sus pulmones congelando todo a su paso. No podía respirar.

- ¡Ma...!- una arruga en la alfombra que cubría el corredor hizo que cayera de bruces contra el suelo.

Intentó incorporarse, pero tropezó con el bajo de su vestido, desgarrándolo sin querer. Se echó a llorar de pura frustración. La oía, podía oírles. Tenía que avisar a su madre. Por fin pudo ponerse de pie y recorrer los últimos metros que la separaban del portón que daba acceso a la sala del trono. Aferró la manilla y tiró de ella con todas sus fuerzas, pero la puerta no cedió. Oía las voces exaltadas que resonaban desde el interior de la sala; tenía que entrar como fuera. Comenzó a aporrear la puerta con sus pequeños puños.

- ¡Mamá! ¡Mamá, abridme! ¡Fue ella! ¡¿Me oyes?! ¡Vi cómo se los llevaba! – gritó.

Su advertencia fue apenas un susurro en comparación con el volumen de las voces de la sala, cada vez más enardecidas. De repente, lo que antes había sido un murmullo fuera de control se transformó en una tormenta de alaridos aterrorizados. La niña forcejeó desesperada intentando abrir la puerta mientras llamaba a su madre.

- ¡Catra, no entres!

La voz de la reina quedó ahogada de pronto por una voz de ultratumba que hablaba un idioma desconocido. Una lengua que invocaba la oscuridad más profunda, la maldad más insondable. Las sombras se cerraron sobre Catra, cegándola, mientras los gritos en la sala del trono se hacían más ensordecedores si cabe. Corrientes de magia maldita intoxicaron el ambiente, haciendo que el aire se volviera irrespirable. Catra sintió que se ahogaba. Se desplomó sin fuerzas delante de la sala luchando por mantenerse consciente, escuchando como las voces aterrorizadas se apagaban poco a poco, hasta que todo fue silencio. Se incorporó con dificultad, temblando, apoyando una de sus manitas en la pared para evitar caerse de nuevo y se aproximó de nuevo a la entrada. La puerta estaba ahora cubierta de escarcha, como si toda la calidez del ambiente se hubiera consumido de pronto. Alzó la mano para intentar abrir el portón, y esta vez cedió con facilidad. Un chirrido la precedió al entrar a la sala. La oscuridad seguía ahí, agazapada en cada rincón, podía sentirla. Su piel se erizó sin querer. Avanzó despacio, a tientas, guiándose por su instinto y su memoria, e intentó buscar el trono de su madre. El ambiente estaba enrarecido, como si la sala hubiese permanecido cerrada durante años a pesar de que había estado llena de gente apenas unos segundos antes.

- ¿Mamá?- preguntó la niña con un hilo de voz.

Se mordió el labio abrazándose a sí misma cuando no hubo respuesta. Notó como los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no se permitió llorar. Se enjugó los ojos a manotazos mientras intentaba encontrar el trono.

- Mamá, contéstame por favor- sollozó.



De pronto, su pie se topó con algo. Se agachó y tanteó con las manos hasta que dio con el objeto. Era metálico. Lo reconoció enseguida: era la corona de la reina; la había visto brillando en la melena caoba de su madre desde que tenía uso de razón. Una de las esmeraldas engastadas en ella captó un mínimo rayo de luz que se colaba por el resquicio de la puerta y Catra pudo ver lo que se encontraba a sus pies. El vestido de su madre cubierto de ceniza. Miró alrededor horrorizada. La luz verdosa se extendió entonces por toda la sala iluminando el horror; montañas de ceniza se distribuían por toda la estancia viciando el aire. La respiración de Catra se aceleró. Se desplomó sobre los restos de su madre sollozando sin control mientras el mundo se convertía en polvo a su alrededor. No se dio cuenta de la sombra que se erguía a su espalda hasta que fue demasiado tarde. Se giró aterrorizada, las pupilas dilatadas, mientras los ojos verdes de la hechicera la observaban con frialdad.

- *Es tu turno, niña- dijo una voz cruel.*

Y después todo fue sangre.

Sangre. La olía, sentía cómo circulaba cálida por los vasos sanguíneos, como el corazón la bombeaba frenética a cada rincón del cuerpo que yacía a su lado. Su fragancia despertó cada uno de los sentidos de la bestia haciendo que se liberara por completo. No pudo soportarlo más y se abalanzó sobre la muchacha que descansaba junto a ella. La inmovilizó en el sillón que ocupaba sentándose a horcajadas sobre su regazo, retorciendo sus muñecas en una presa brutal. La chica no tuvo tiempo de gritar. Hundió los colmillos en la suave piel de su cuello y comenzó a beber con rapidez, drenando la vida de su víctima, como había hecho durante tanto tiempo; durante todos esos años de soledad, en los que el único contacto con otro ser humano había sido durante la caza. El cálido líquido inundó cada centímetro de su cuerpo haciéndola sentir completa por primera vez en años. Se dejó llevar, perdiéndose en el sabor de la sangre. Notaba los latidos de su víctima cada vez más y más débiles, su voz agonizante apenas un suspiro.

- *Ca...Catra...-susurró Adora con un hilo de voz.*

La risa de Adora resonó entonces en un lugar de su mente y Catra despertó de pronto de su pesadilla para adentrarse en otra aún peor. Se apartó con brusquedad de ella y observó horrorizada lo que había hecho; lo que había estado a punto de hacer. Bajo ella Adora yacía desmadejada contra el sillón; la palidez mortecina que había adquirido su piel contrastaba de forma aterradora con el rojo escarlata de la sangre que se deslizaba lenta por su cuello, empapando la camisola blanca que usaba para dormir. Sus ojos entrecerrados la miraban vidriosos, su luz apagándose por momentos.

- *No, no, no,no ...*

Catra se abalanzó de nuevo sobre ella esta vez intentando cortar la hemorragia que ella misma había provocado. La sangre de Adora resbalaba ahora entre sus dedos. Se echó a llorar desesperada, mientras intentaba por todos los medios evitar que siguiera desangrándose.

- *Lo siento, lo siento muchísimo- sollozó. Levantó los ojos anegados para mirar a Adora.*



La muchacha levantó con dificultad una mano ensangrentada y la deslizó con dulzura por su mejilla, capturando una de sus lágrimas mientras le sonreía débilmente antes de perder el conocimiento. Catra se aferró a su mano, desesperada por sentir su pulso, por asegurarse de que seguía ahí. Podía notarlo aleteando débilmente en su muñeca, desapareciendo poco a poco. El corazón le dio un vuelco. No podía dejarla morir. Tomó una decisión

- No me dejes, por favor. Quédate conmigo.- susurró mientras apoyaba la cabeza contra la de ella.

Acto seguido, se abrió muñeca de una dentellada y comenzó a succionar su propia sangre. Después recostó a Adora con suavidad sobre su brazo, sujetándola por la nuca. Se inclinó sobre ella con cuidado y selló sus labios con los suyos mientras dejaba que la sangre manara a su boca, devolviéndole la vida que se le escapaba.

